



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 31

30.05.2021

DOMINGO DE LA 9ª SEMANA DEL T. ORDINARIO LA SANTÍSIMA TRINIDAD

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Deuteronomio (Dt 4, 32-34. 39-40).
Salmo Responsorial	Salmo 32 (Sal 32, 4-5. 6 y 9. 18-19. 20 y 22).
2ª Lectura	De la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos (Rom 8, 14-17).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MATEO (Mt 28, 16-20):

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les habla indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. **Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo;** y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.»

«Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«BAUTIZÁNDOLOS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO»



Hoy la Iglesia universal celebra la fiesta de la Santísima Trinidad. La doctrina de la Santísima Trinidad fue promulgada oficialmente en los Concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381).

Esta doctrina afirma la comunión íntima de Dios con nosotros, a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo.

Desde un principio, Dios ha tratado de comunicarse y relacionarse con todas sus criaturas.

En la plenitud de los tiempos, Dios se hizo uno con la humanidad en Jesucristo, quien es la imagen visible de Dios que no podemos ver. La Encarnación, la Palabra hecha carne, es la prueba más radical del amor de Dios por nosotros al querer hacerse partícipe de nuestra humanidad.

PAPA FRANCISCO

Miércoles, 25 de noviembre de 2020

Catequesis 17. La oración de bendición.

En la narración bíblica de la creación Dios siempre bendice la vida. Bendice a los animales, bendice al hombre y a la mujer y finalmente bendice el sábado, día de reposo y del disfrute de toda la creación. Es Dios quien bendice; pero también los hombres bendicen, y pronto se descubre que la bendición posee una fuerza especial, que acompaña toda la vida a quien la recibe, y dispone el corazón del hombre a dejarse cambiar por Dios.

Mientras va creando el mundo, *Dios ve que cada obra de sus manos es buena y bella*, y cuando llega al hombre, y la creación se realiza, reconoce que **«estaba muy bien»**. Poco después, esa belleza que Dios ha impreso en su obra se alterará, y el ser humano se convertirá en una criatura degenerada, capaz de difundir el mal y la muerte por el mundo; pero nada podrá cancelar nunca la primera huella de Dios: la capacidad de bendecir y el hecho de ser bendecidos. Dios no se ha equivocado con la creación y tampoco con la creación del hombre. **La esperanza del mundo reside completamente en la bendición de Dios.**

La gran bendición de Dios, el gran don de Dios es Jesucristo, su Hijo. Es una bendición para toda la humanidad, es la bendición que nos ha salvado a todos. Él es la Palabra eterna con la que el Padre nos ha bendecido «*siendo nosotros todavía pecadores*» (Rm 5,8).

San Pablo proclama con emoción el plan de amor de Dios y dice así: «*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado*» (Ef 1,3-6). No hay pecado que pueda cancelar completamente la imagen del



Cristo presente en cada uno de nosotros. Puede desfigurarla, pero no puede quitarla de la misericordia de Dios.

Pensemos en lo que hizo Jesús con Zaqueo: todos veían en él un mal; Jesús, sin embargo, ve un destello de bien, y por eso, por su curiosidad por ver a Jesús, le hace llegar la misericordia que salva. Zaqueo es un pecador público, ha hecho muchas cosas malas; pero Jesús veía ese signo indeleble de la bendición del Padre y de ahí su compasión; esa compasión que le mueve a ayudarlo y cambiarle el corazón.

El Catecismo dice: **«La oración de bendición es la respuesta del hombre a los dones de Dios: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a su vez a Aquel que es la fuente de toda bendición»**.

Pero no solo debemos bendecir a este Dios que nos bendice; debemos bendecir a Dios y bendecir a los hermanos, bendecir el mundo: esta es la raíz de la mansedumbre cristiana, la capacidad de sentirse bendecidos y la capacidad de bendecir. Si todos nosotros hiciéramos así, seguramente no existirían las guerras. **Este mundo necesita bendición y nosotros podemos dar y recibir la bendición.**

Que el Señor nos enseñe a bendecir en Él a todos los hombres y a todas las cosas.

5. Padre de la valentía creativa (y 2)

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto.

La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que

san José puede ser realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.



Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que **él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado** (cf. Mt 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe. En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «*avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz*».

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «*En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*» (Mt 25,40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y por eso la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres.

En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*.

Continúa, D.m. la próxima semana...



LA EUCARISTIA (1)

La fiesta del Corpus Christi del año 2021 tiene lugar el jueves 3 de Junio. El “Corpus” es una fiesta de la Iglesia para ensalzar la institución de la Santa Eucaristía. Tal y como hizo Jesús en la *Última Cena*, cuando convirtió el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

La celebración del Corpus Christi se produce 60 días después del Domingo de Resurrección de modo que sirve para rememorar la institución de la Eucaristía. El día exacto de su celebración depende de la Semana Santa. Este año entonces, el Corpus Christi tiene lugar el **jueves 3 de junio**. En algunas naciones como España, se ha trasladado la observancia al domingo siguiente para adaptarse al calendario laboral. Es lo que se conoce como el **Domingo del Corpus**, que este año será el 6 de Junio de 2021.

Fue una religiosa, Juliana de Cornillon, también llamada Juliana de Lieja, que está canonizada, la que animó a celebrar esta fiesta en honor del Cuerpo y de la Sangre de Cristo el año 1208, después de haber tenido varias visiones en las que Jesús la animó a solicitar que se estableciera en la Iglesia, una festividad expreso para celebrar la institución de la Eucaristía. Hay una expresión de Jesús en el Evangelio, que Juliana empezó a meditar con frecuencia, siendo ya muy joven: **«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»** (Mt 28, 20).

En pleno siglo XIII -1246- se celebró esta fiesta en la diócesis de Lieja (Bélgica). Unos años más tarde tuvo lugar el hecho milagroso de la Hostia consagrada que comenzó a sangrar en la ciudad de Bolsena (Italia). Este hecho muy difundido llevó al Papa Urbano IV a instituir la festividad del Corpus Christi en 1264.



El Pontífice mismo quiso dar ejemplo, celebrando la solemnidad del Corpus Christi en Orvieto, ciudad en la que vivía entonces. Precisamente por orden suya, en la catedral de la ciudad se conservaba —y todavía se conserva— el célebre corporal con

las huellas del milagro eucarístico acontecido el año anterior, en 1263, en Bolsena. Un sacerdote, mientras consagraba el pan y el vino, fue asaltado por serias dudas sobre la presencia real del Cuerpo y la Sangre de Cristo en el sacramento de la Eucaristía. Milagrosamente algunas gotas de sangre comenzaron a brotar de la Hostia consagrada, confirmando de ese modo lo que nuestra fe profesa. Urbano IV pidió a uno de los mayores teólogos de la historia, santo Tomás de Aquino —que en aquel tiempo acompañaba al Papa y se encontraba en Orvieto—, que compusiera los textos del oficio litúrgico de esta gran fiesta.

El Cenáculo de Jerusalén es el lugar de la institución de este Santísimo Sacramento. Allí Cristo tomó en sus manos el pan, lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: **«Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros»**. Después tomó en sus manos el cáliz del vino y les dijo: **«Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados»**.

La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia.